

LA TERTULIA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

10 CTS.

DOMINGO 20 DE ENERO DE 1850.

N.º 80.

PALINODIA

DE UN FRANCÉS.

Allá por el mes de junio del año de 1848 apareció en las columnas de la *Presse*, periódico de Paris, un famosísimo artículo escrito por Mr. Landrin (hijo), y en el cual intentaba, pero sin fruto, probar que el BUSCAPIÉ encontrado y anotado por nuestro amigo el erudito don Adolfo de Castro, era una obra hábilmente fraguada por el literato andaluz, acusándole nada menos que de *especulador de la ignorancia, de la buena fé, ó de la curiosidad de los papanatas de la literatura española*, y regalando otras lindezas por el estilo, no solo al editor del BUSCAPIÉ, sino á los muy ilustrados literatos españoles que no habian titubeado en atribuir á la inimitable pluma de Cervantes tan precioso librito.

Nada tuvo que oponer entónces el folletinista francés á las poderosas razones con que el señor Castro refutó los muy débiles argumentos presentados por tan ligero escritor. Y no podia alegar ignorancia, porque lo insertó el *Heraldo* en sus columnas, y fué remitido á la redaccion de la *Presse*.

Pues han de saber nuestros lectores que este señor Landrin que tanto se burlaba de la

buena fé de los literatos españoles, y que llamaba papanatas de la literatura española á quienes creían en la autenticidad del BUSCAPIÉ, está publicando en el mismo periódico una traduccion del libro de Cervantes; debiéndose advertir que no le ha puesto prólogo ninguno para disculparse siquiera de la contradiccion en que ha incurrido consigo mismo.

Y si alguien hubiere que dudase de nuestras palabras, no tiene mas que leer el número de la *Presse*, correspondiente al día 4 de enero del presente año, número en que Mr. Landrin (hijo), inserta un buen trozo de la traduccion que encabeza del siguiente modo:

«*Le très agreable petit livret appelé BUSCAPIÉ, composé par un certain D. Miguel Cervantes Saavedra.*»

Por donde se vé, primero que el traductor no pone ya en duda la autenticidad del librito; porque de otra suerte, en donde se lee compuesto por un tal de Cervantes, hubiera traducido: atribuido por el editor á Miguel de Cervantes; y en segundo lugar, que la única alteracion hecha por el traductor se reduce á dar el tratamiento de Don, á Miguel de Cervantes; porque esto de llamar Miguel á secas á todo un autor del QUIJOTE, es cosa que no pudo sufrir con paciencia el folletinista de la *Presse*.

Ahora bien: puesto que el señor Landrin, (hijo) no abriga ya ningun linage de duda acer-

ca de la autenticidad del BUSCAPÉ, no deberá enojarse que le llamen papauata, ignorante, &c. &c.; nombres prodigados por dicho señor á quienes hace año y medio pensaban como él piensa recientemente. ¿Quién habia de imaginarse que Mr. Landrin se habia de encargar de salir á la defensa de don Adolfo de Castro?

Justo es que nuestro amigo perdone la ofensa que le infirió entónces el literato francés, pues no puede haberle dado satisfaccion mas cumplida que trasladar á su lengua la obrita del inmortal Cervantes.

Arrepentido de su ligereza debe estar Mr. Landrin que afirmó en tono dogmático que: *Si bien las primeras páginas revelaban en efecto un gran número de frases, dicciones y refranes que pertenecen sin duda al autor del QUIJOTE, á medida que se adelantaba, poco á poco disminuían; y que en fin, el autor moderno sustituye su propio estilo al imitado de Cervantes: se conoce que el tiempo y la buena leccion que le dió nuestro amigo Castro no han dejado de producir su efecto; ó quizá mas aplicado al estudio de nuestra lengua, y viendo por otra parte que ningun erudito español habia cogido la pluma para negar la autenticidad del BUSCAPÉ, ha conocido su yerro y ha procurado enmendarlo cantando una especie de palinodia. Verdad es que para que así no aparezca ha tenido muy buen cuidado de no hacer mención del editor del BUSCAPÉ, como si su nombre pudiera ya estar separado de esta preciosa obrita, que encontró, publicó y enriqueció con notas.*

No se crea que porque trató mal á los andaluces, creyéndonos capaces de lo que ellos hacen con frecuencia, abrigamos contra Mr. Landrin sentimiento alguno de venganza. Solo dejándonos llevar de la verdad, manifestamos que su traduccion tiene poco mérito.

Pero enmedio de todo eso y apesar de la dificultad que ofrecen los modismos, refranes y chistes de que abundan las producciones de Cervantes, hay algunos pasajes en la traslacion francesa que no carecen de gracia y propiedad.

J. R.

ASOCIACION

DE

SOCORROS MÚTUOS.

Con gran placer hemos leído el primer número del periódico que con el titulo de *la Asociacion de Socorros mútuos*, se publica en el Puerto de Santa-María, y en el cual se dá noticia del pensamiento de la sociedad que lleva este nombre; pensamiento altamente beneficioso, pues tiene por objeto socorrer al indigente, asegurándole su subsistencia para el caso en que la edad ó las enfermedades les imposibiliten ganársela con su trabajo; sin que por esto deje de convenir aun á cualquiera persona acomodada que por un pequeño y lento desembolso puede en cualquier desgracia imprevista salvarla de la miseria, y entónces bendecirá el momento en que inscribió su nombre en la lista de los asociados.

A fin de que nuestros lectores se formen alguna idea del objeto y utilidad de esta sociedad, la cual sea dicho de paso, cuenta con 215 sócios fundadores, y esto en muy pocos días que lleva de existencia, haremos mención de los artículos mas notables de los estatutos, y que reasumen todo el pensamiento de la Junta.

En uno de ellos se dice que se establece la Asociacion para pagar pensiones á los s6cios y á sus herederos.

Claro es que el valor de estas pensiones dependerá del número de acciones por las que el s6cio se suscriba. Pero es de advertir que segun otro de los artículos, cada accion dá derecho á medio real diario á los s6cios que se incapaciten de poder ganar el sustento al año de inscritos en la Asociacion; pero si la incapacidad ocurriese á los cinco años, tendrá derecho á un real por accion.

De estos beneficios y de otros varios que sería demasiado prolijo enumerar, pueden disfrutar las personas de ambos s6xos que se inscriban en la Sociedad desde la edad de 20 años hasta el dia en que cumplan 60.

¿Y qué cantidad se figuran nuestros lectores que deberá pagar mensualmente el s6cio por cada accion? Aun cuando varía, como es justo, segun la edad de la inscripcion, está comprendida entre un real y tres y medio que es el máximum, y que solamente corresponde á quienes hayan cumplido 55 años. Pero si se inscriben desde 20 á 35 años, la cuota mensual señalada es la ínfima de un real: si de 35 á 40, real y medio: si de 40 á 45, dos: si de 45 á 50, dos y medio: y si de 50 á 55, tres. Por manera, que si una persona ha tomado cuatro ó cinco acciones, cuenta en el caso de quedar imposibilitado de ganarlo, con una pension de cuatro ó cinco reales diarios, con los cuales es seguro no perecerá. Ahora bien, ¿á qué artesano, á qué trabajador, por muy cortas que sean sus facultades, no es dable inscribirse por cuatro ó cinco acciones, para lo cual le basta, si lo hace con tiempo, deshacerse de cuatro ó seis reales vellon mensuales?

Grandes son los beneficios que ha de reportar la clase jornalera, si llegándose á per-

suadir de las ventajas de esta Asociacion, se inscribe en ella á su debido tiempo; debiendo por otra parte confiar en las garantías que ofrecen las personas respetables que componen la Junta directiva que impetró y consiguió el permiso de la primera autoridad de la provincia para imprimir los estatutos que han comenzado á regir desde el dia 1.º del presente año.

Las personas que deseen adquirir noticias circunstanciadas de este proyecto y de los reglamentos de la Asociacion, pueden dirigirse á la referida junta que está pronta á hacer cuantas aclaraciones se le pidan referentes á la Asociacion.

No soltaremos la pluma sin dar antes nuestro parabien á los s6cios fundadores que han concebido pensamiento tan humanitario, así como á los individuos que componen la Junta directiva; quienes con el mayor celo y desinterés han removido los obstáculos que se opusieron á la realizacion de proyecto tan beneficioso.

UNA NOCHE EN LA FERIA.

¿Quién es aquel caballero que á mi puerta dijo «abrid?»
Caballero soy, señora:
caballero de Moctiu.

Tal decia un antiguo cantar. ¿Quién es aquel caballero que vá del brazo de una honrada matrona, mas gorda que sandía de rifa en octavas ó novenas? Es el señor don Juan, caballero muy amable y de mucha amenidad en la conversacion, que vá con todos sus niños y niñas á comprarles juguetes en la feria.

Para once chiquillos nada basta. Cada cual elige una cosa distinta, y todos quieren además que les compren lo mismo que á sus otros hermanos. De forma que el señor don Juan no hace mas que bufar y maldecir el punto y hora en que su negra fortuna lo llevó á la feria. Uno quiere un tambor, otro una lanza, otro un fusil, quien una matraca, quien una zambomba, quien una trompeta. Llantos, mimos y gruñidos atruenan las orejas del bondadoso papá, que se despedaza en contentar á la manada de angelitos que en sus iras y lamentos se asemejan á una lejion de demonios escapados del infierno.

Al fin nuestro hombre halla un medio infalible de apaciguar aquella tormenta. No se crea que apela á los cachetes, pellizcos, y soplamocos. Al contrario: como papá amante de sus hijos procura serenar los ánimos de todos comprando á cada uno un fusil, un tambor, una trompeta, una matraca y una zambomba. Y aun con esta operacion no cesa alguno de sus chiquillos de gruñir por una lanza, un casco romano y un escudo que el feriante tuvo muy buen cuidado de hacer presente á aquella tropa gruñidora, vocinglera y llorona.

Con esto los once chiquillos caminan á vanguardia de su papá y señora madre, que con la baba caída oye el espantoso son de las trompetas, matracas y tambores que á porfía van tocando sus hijos para atronar las calles, alborotar los perros y herir el timpano de los oídos de cuantos transitan por las noches en los contornos de la feria.

De repente uno de los angelitos, inspirado sin duda por Lucifer, esclama:

—Yo quiero ir al Nacimiento de la tia Norica.

—Yo tambien, dice otro.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Y repiten los once estas voces, difundiendo el terror en el bolsillo de su papá, y alborotando su paciencia ya maltratada por los lances de la feria, felizmente apaciguados por el talento paternal. En vano don Juan quiere sosegar de nuevo á sus angelitos; la mamá les pega de abanicazos en la cabeza con el fin de convencerlos que no es razon ir al Nacimiento: los chiquillos suspenden el concierto instru-

mental de las zambombas y matracas, y comienzan uno vocal soltando sus acentos de tiples, contraltos, bajos y baritonos. Decidido estaba ya su padre á solfearles las costillas, cuando se acordó del papá de las *Tardes de la Granja*, aquel buen Palemon, tan amante de sus hijos.

—Vamos al Nacimiento, pues ustedes lo quieren, esclama con una voz y un aspecto de resignacion que parecia decir:

Apurar cielos pretendo,
ya que me tratáis así,
¿qué delito cometi
contra vosotros naciendo?

Cálmase el tumulto pueril al escuchar la paternal promesa y caminan todos al teatro de Isabel Segunda. Allí hacen como que se acomodan en sus no cómodos asientos, y esperan ansiosos á que comience la representacion. El autor de la comedia que se llama el Nacimiento se acordó de que Virgilio, usando del *semper semper que licebit* que el señor Horacio dió á los poetas para que mintiesen, no tuvo escrúpulo en fingir que Elisa Dido, reina y fundadora de Cartago, fué nada menos que contemporánea del Pio Eneas, habiendo entro la existencia de uno y otro personaje no sabemos cuántos siglos de por medio. Y por eso, lo que hizo un Virgilio, ¿porqué no lo ha de hacer un Montenegro? Cada anacronismo que se vé en el teatro de Isabel Segunda, pide á los cielos justicia y que se lo dé testimonio para reclamar ante quien haya lugar en derecho contra el autor de absurdos de tal tamaño.

Luego que los niños ven nacer al hijo de Dios, oyen las *añejas jocosidades* de la tia Norica y se divierten con los *juegos de agua natural* (segun reza el cartel) como si hubiera *agua artificial*, y con los *fuegos hidráulicos*, es decir, *fuegos de agua*, salen del teatro de Isabel Segunda muy satisfechos. Pero la ambicion humana no se contenta fácilmente.

Iba don Juan persuadido de que con su *tacto* paternal habia llenado de alegría los tiernos y exigentes corazones de su pueril familia, cuando hé aquí que otro de los parvulitos prorrumpe con voz destemplada en las razones siguientes:

—Yo quiero buñuelos!

Y los demás hermanos repiten á coro la frase. Niégase el padre, pellizca la mamá,

sueltan el llanto y los quejidos los once niños: á sus gritos acuden los serenos del barrio y algunos transeuntes. Todos dicen

—*¡Qué inhumanidad de padre! Hacer llorar á esos angelitos.*

Al fin el señor don Juan no tiene mas remedio que jurar en sus adentros no salir mas á la calle con sus hijos y que llevarlos á una buñolería. En ella se atracaron muy bien todos, y hartos y rellenos volvieron á sus casas. No pararon aquí las calamidades del señor don Juan. A media noche oye lamentos en cuatro camas. Eran cuatro parvulitos acometidos de fuertes dolores á causa del excesivo número de buñuelos que se habian engullido.

—Venga un médico, dice á su gallego. Este se levanta de la cama maldiciendo á los niños. Sale, y al cabo de una hora vuelve diciendo que no le han querido abrir en la casa del médico. El señor don Juan, envuelto en su capa, se vá desesperado á buscar al doctor, echando sapos y culebras de la boca contra la feria, los buñuelos, el gallego y la paternidad. Saca de su hogar al médico y lo conduce á su casa, con lo cual medio se sosegaron los enfermos. Al dia siguiente nuestro hombre amaneció con una furiosa calentura que luego se convirtió en pulmonía. Y aun cercado de dolores, los chicos le alborotaban la casa con el infatigable son de las trompetas, tambores, zambombas y matracas.

Postrado en su lecho esclamaba en medio de su enfermedad y angustias:

¡Ay amor, cómo me has puesto!

LA VICTIMA Y EL VERDUGO.

Episodio histórico de la revolucion francesa.

(Continuacion.)

IV.

LA CONSERJERÍA.

Figúrese un edificio cuadrado, de exterior nada notable, ó pobre mejor dicho, con sus

ventanas y la puerta medio gótica y medio romana: tal era el sitio destinado para los reos en aquella época aciaga y de sangre. Sitio del que salian para el carro fatal, y de éste para el patíbulo. En un cuarto ni estrecho ni ancho, con un tragaluz en un lado, una tarima en un rincón y un cantarillo con agua en otro, véfase á un jóven como de 25 años, alto, bien formado, pelo rubio y color de rosa. Sus facciones eran nobles y un ligero tinte de melancolía véfase á la sazón estampado en su espaciosa frente. Estaba sentado en la tarima que le servía de cama, puestas ambas manos en las mejillas en las que descansaban estas. Su actitud era la de un hombre que está pensando, y pensando tal vez, en la muerte. Oigámosle cómo se esplicaba en aquel amargo trance.

—Al fin consumaron el sacrificio! Al fin mancharon sus manos con la sangre de su rey! Dignos son los frutos que se cogen de las doctrinas que sembraste, filosofía! Dignos vosotros tambien, grandes filósofos de ellas! Ah! ¿y este es el bien que habeis dejado á vuestro pais? ¿Son estos los beneficios que se esperaban de vuestros trabajos, de vuestras vigiliass? Alzaos, alzaos del sepulcro, y contemplad este cuadro de dosolacion. Contemplad la barbárie entronizada en medio de la sociedad; contemplad la irreligion en sus ciudadanos; contemplad el fanatismo de sus hijos y de sus apóstoles! Bárbaros! ellos quieren el bien de su pais, y no ven que derraman sin piedad la sangre de sus hijos. ¿En dónde está vuestra ciencia, fanáticos de una filosofía errónea, insensata? ¿dónde está vuestra humanidad? ¿no os avergonzáis de tantos crímenes? ¿no temeis la venganza celestial? Ah! no, nada temeis, nada es bastante á detener vuestro torrente de tiranía y asesinatos.

Quedóse sumergido en tan tristes ideas, y así permaneció hasta que oyó que entraba alguno en su prision, Alzó los ojos, y con sorpresa vió acercársele una muger toda enlutada y cubierta. Así que hubo entrado y cerrado la puerta, alzóse el velo y se arrojó en los brazos del jóven, esclamando:

—Federico!

—Carlota! esclamó el infeliz jóven con delirio y ternura. Te vuelvo á ver! ¿no es ilusion? ah! dejame que te mire, que beba tu aliento. ¿Cómo estás aqui? ¿quién te ha conducido á este sitio?

La jóven por toda respuesta sollozaba con amargura, recostada sobre sus hombros.

—Sostégate, Carlota mia, y dime á quien he de bendecir por tanto placer como es el tenerte á mi lado!

—Bendecir! exclamó con amargura, di mas bien maldecirle, odiarle.

—Pero habla, sácame de dudas.

—Y ¿cómo no conoces que al venir yo á este sitio te traigo la muerte?

—La muerte!

—Sí, la muerte, que aceptarás gustoso á verme deshourada.

—Ah! ya caigo! infamia! ¿Y quien, quien es el verdugo?

—El que te condena al suplicio, el infame Marat.

—¿Ese mónstruo se ha atrevido á ofender tu pudor? Qué, no se contenta con la madre? tambien quiere inmolar á la hija?

—¿Cómo? ¿qué has dicho? mi madre....

—Sí, tu madre; sábelo en fin. Ese mónstruo fué el asesino de tu padre y el seductor de tu madre.

—Dios de justicia! exclamó la infeliz en el colmo de su afliccion.

—Tu madre le habia socorrido, y en pago de los beneficios la deshouró y dió muerte á su esposo.

Entónces fué cuando la infeliz huérfana mostró toda su intrepidez. Levantó la cabeza con orgullo, y le dijo á Federico:

—El cielo nos ha designado para que seamos victimas de la opresion: respetemos sus decretos.

El jóven no sabia lo que le pasaba.

—Tienes valor? prosiguió ella.

—Me sobra, contestó él.

—Pues bien; vas á morir y yo tambien; pero consuélate; mi padre, mi madre y tú seréis vengados.

—¿Cómo?

—El tirano quiere que yo sea suya, pues bien, hoy iré á llevarle mi contestacion.

—Acaba.

—Esta será mi contestacion, y sacó el puñal.

—Morirás, infeliz!

—Y qué me importa la vida, si la voy á perder por una causa santa? voy á vengar á mi familia, á mi amante, al mundo entero, ¿y no tendré valor para morir? ah! no me conoces.

—Valerosa muger! pero, no, vive, vive tú al meus: no puedo pensar sin estremecorme que vas á morir.

—Cómo! tendré yo mas valor que tú? no sabes que lo hago gustosa? no sabes que iré al patibulo con la frente erguida como ante el altar? Si, Dios vé mi corazon, él me confortará.

—Y vas á morir! tú, tú! ah! porqué viniste, porqué?

—Valor, Federico, piensa que pronto nos reuniremos en otro mundo mejor. No desmayes; ten valor como cristiano, y adios, adios por la última vez.

—Adios, víctima inocente, inmogada por mí!

—No te aflijas, amado mio, no destruyas el poco valor que me queda para cumplir mi venganza.

Los dos jóvenes se abrazaron, y por primera vez y última en este mundo se dieron el ósculo de despedida. Luego no se volvieron á ver ya mas en la tierra.

(Concluid.)

Miscelánea.

Ya sabrán nuestros lectores por los diarios de la plaza, que acaban de ser ajustados por la empresa del teatro Principal los señores Assony y Volpini, á fin de que las óperas que nuevamente se canten salgan con todo lucimiento, sin dejar nada que desear. Y con efecto, ahora mas que nunca queda formada una compañía lirica que en nada tendrá que envidiar á la mejor de los primeros teatros de la peninsula. El señor Assony pasa con razon por el baritono mas sobresaliente de España; el señor Volpini por uno de los mas buenos tenores, y la señora Agostini es soprano sfogato de bastante mérito; por manera, que las partes principales podrán desempeñar sus papeles con toda perfeccion; existiendo además de repuesto, por decirlo así, otro tenor y dos baritonos que no

dejan de valer. Ojalá que podamos disfrutar por largo tiempo de los agradables ratos que nos proporcionarán artistas tan distinguidos; pero mucho tememos que concluida que sea esta temporada, queden por bastante tiempo cerradas las puertas de este coliseo, que casualmente suelen abrirse de vez en cuando.

—EL AGUILA DE LAS TRES CABEZAS.—Con este título ha comenzado á publicar una novela original nuestro apreciable amigo don Emilio Tajueco Gallardo. Sin perjuicio de analizar detenidamente esta obra cuando hayan visto la luz pública mas entregas, diremos hoy á nuestros lectores que *El Aguila de las tres cabezas*, revela la imaginacion de un poeta y la laboriosidad de un jóven de bastantes esperanzas.

Como una muestra del talento descriptivo y poético del autor de la novela, seános permitido copiar los trozos siguientes:—

«En uno de los rincones de aquel patio crecia un árbol, cuyas hojas semejaban las de la parra, y cerca de su tronco habia una piedra en forma de asiento y cubierta de hojas en la que descansaba un cayado de guachapeli. El ángulo derecho atravesaba una caña sobre la que se mecía un ave del tamaño de una gallina, con el cuerpo color de sangre, el pecho variado de azul y verde y las plumas azules y amarillas. Era un Guacamayo..... Acerquéme por último al Guacamayo que al mirarme sacudió con las uñas de su mano derecha las blancas plumas de su sien izquierda. La caña á este movimiento empezó á girar, y el Guacamayo, agitando sus alas, abrió su pico y silvó.»

—DESCONCIERTO.—Nunca hemos oido cantar en Cádiz el *Hernani* como el miércoles último en el teatro Principal. Baste saber que hicieron de partes primeras los suplementos de la señora Patriossi y el señor Gelati. Era cosa de ver, cómo los infelices se esforzaban

por hacer creer que se cantaba el *Hernani*; pero el público, que de suyo es descontentadizo, no queria persuadirse de ello, por mas que el señor Gelati daba mas gritos que un pollito ronco, sin embargo de que la señora Patriossi procuraba no desmerecer á su digno compañero. No sabemos porqué una parte de los espectadores se reia y otra mas impaciente ó de peor humor salia á la calle á oír á los serenos, que en concepto suyo se entonaban mejor y con mas claridad que el tenor *suplemento*.

Buenas pruebas de sufrimiento dió aquella noche memorable el público de Cádiz, de cuya paciencia esperamos no se vuelva á abusar mas; porque si por vez primera calló, dejando en grande aprieto sus tímpanos, otra vez podia suceder que rompiese el dique á la paciencia y estallase estrepitosamente su disgusto. Bien sabemos que de esto no tienen en realidad la culpa los pobres suplementos ni la empresa.

—AVISO AL BELLO SEXO.—Leemos en una correspondencia de California el siguiente párrafo, que traducimos por lo que pueda convenir á los interesados: «Llevo ya mas de ocho años de residencia en California, y aun no me he casado. Imposible me seria resistir por mas tiempo á la tentacion; pero como la mercancia femenina es contrabando por estos mundos de Dios, he tenido que encargar á mi amigo C.... que salió hace poco para Inglaterra, una esposa de seis pies de estatura por lo menos, ojos azules y pelo negro. Cuando esta llegue tendré que casarme con ella, ó pagarle la suma de diez mil pesos por daños y perjuicios, deterioros y menoscabos. Ya es tiempo de que principien á estar de moda los aires de estas regiones, y acaso no está léjos el dia en que nos llueva el maná del cielo en forma de muger. Las mercancías de todo género abundan con profusion, y el oro no escasea. ¡Qué es, pues, lo que nos falta!—¡Mugeres!»

—HECHO RARO.—Un hecho curioso ha ocur-

rído estos días pasados en Paris, plaza de la Breda, al anochecido.

Estando esperando parroquia en dicha plaza un milord (coche de cuatro ruedas y un caballo) se acercó una señora y lo ajustó para una calle inmediata al pasage Viviena; llevaba en brazos una niña y un paquete bastante voluminoso; llegados que fueron al sitio, bajó y pagó su ajuste marchándose inmediatamente; como el cochero no hiciera alto en su precipitada marcha, se disponia á volverse al lugar de su partida, cuando le ocurrió registrar el coche por si la señora habia olvidado alguna cosa; efectivamente hubo olvido, pues encontró á la niña dormida y á su lado el paquete. Con tal encuentro se resolvió á esperar por si la señora volvía, pero fué en vano, pues la niña habia sido abandonada.

El cochero acudió al comisario de policia y le entregó la niña y el paquete; éste le hizo suministrar los socorros que requerian su niñez, y al otro día la mandó á la inclusa. El paquete contenia algunos pañales y mantillas.

—TABACO.—Hé aquí una historia lacónica del tabaco en sus formas diversas.

Fué traído de América á España por Hernandez de Toledo en 1559. Catalina de Medicis fué la primera que en Paris inventó el polvo. El cardenal Santa Croce introdujo el tabaco en Italia. Sir Walter Raleigh en Inglaterra en 1585. En 1624 el papa Urbano VIII por una bula excomulgó á los que tomasen tabaco en la iglesia, renovada en 1690 por Inocencio. En Turquía por el año de 1724 el Sultán Amurath IV declaró que era crimen capital el fumar. En Rusia estuvo prohibido por mucho tiempo, bajo la pena de *cortar nariz*. En Berna y en Suiza se añadió la prohibicion de fumar á la lista de los mandamientos. Jacobo I de Inglaterra publicó en 1608 su *counterblast to tabacoo*; en el que lo denuncia como costumbre desagradable á la vista, odiosa á las narices, pernicioso al cerebro, peligrosa para el pulmon, y cuyo humo negro y apestante se parece al horroroso de la Stigia terrible y sin fondo. Pero como autoridades opuestas, Newton y Hobbo fueron grandes fumadores, Santenill, célebre poeta francés, perdió la vida de resultas de haberse bebido un vaso de vino en el cual se habia echado tabaco español en polvo.

—CONSUMO DE VIVERES EN LONDRES.—La ciudad de Londres contiene mas de dos millones de habitantes, en un círculo de cinco millas de radio. Calcúlese, pues, la cantidad inmensa de viveres que se necesitan para darlos de comer á todos. Hé aquí algunos pormenores del consumo anual: 100.000 novillos; 776.000 carneros; 250.000 corderos; 250.000 terneras; 249.000 lechones y cerdos; 1,200.000 cuarteles de trigo; 120.000 toneladas de pescado; 13.000 toneladas de queso, y 11.000 id. de mantequilla; 3,000.000 de toneladas de carbon, 65.000 pipas de vino; 2,000.000 de galones de bebidas espirituosas; 10,000.000 de galones de leche; 2.000.000 de barriles de póter y ale, cerveza.

AL AMOR.

No olvides á quien te adora,
 á ejemplo de cuanto vive;
 que vida de amor recibo
 y por vivir se enamora.
 No viene la primavera
 con verdes pasos al prado,
 cuando de Amor esmaltado
 de sus flores fruto espera.
 Apenas las libres aves
 ven la risa de la Aurora,
 cuando Amor las enamora
 y enseña Amores suaves.
 Las palomas se requiebran
 y las tórtolas se casan:
 hasta las aguas que pasan
 entre las flores se quiebran. —
 Deja un leon el vigor,
 brava por su amada ausento:
 no hay sirena en mar, ni en fuente
 ninfa que no tenga Amor.
 No hay pez en el mar profundo
 que no tenga sentimiento:
 Amor es un elemento
 en que se conserva el mundo.